

La carta

Me estoy llenando de polvo, y eso no me gusta nada. Hace ya tres días que Pedro me sacó del delicado papel cebolla que me envuelve. Me colocó suavemente sobre su buró. Y aquí estoy desde entonces. Me está dando el sol, que entra a raudales por la ventana. Mi tenue tono beige se va a estropear con tanta luz. Y este chico sin decidirse. Estoy rodeada de objetos raros. Pluma me mira mal. Me temo lo peor, cuando empiece a correr por mi cuerpo. Seguro que su afilada punta me desgarrará. Pedro está nervioso, lo cual me gusta menos aún, pues cuando se decida a escribir, seguro que no lo hace con suavidad. En la papelería están mis antecesoras. Todas víctimas de su indecisión. Rasgadas y hechas una pelota, arrojadas con rabia. Ellas no son como yo. Son de cuaderno, y vulgares. Además tienen rayas y cuadros... ¿Se puede ser más hortera?

Yo soy de calidad. Tengo cuerpo, y tersura. No entiendo que me haya expuesto así, tan impunemente, a la luz del día, abandonada sobre un vulgar buró. Ni siquiera me sacude el polvo, cuando empiece a escribir la tinta se mezclará con este sucio polvo, y estaré toda manchada. No podré exhibir lo mejor de mí cuando llegue a mi destino. Hay una regla a mi lado. También me mira amenazante. Espero que a Pedro no se le ocurra utilizarla contra mí. Le conozco bien, pues hace tiempo que nos utiliza, a mí y a mis hermanas, para enviarnos a manos de Lucía. Es un largo viaje el que debemos realizar. Pero estamos siempre a buen recaudo, pues vamos perfectamente cubiertas por un grueso sobre de papel seda, que nos protege contra toda intemperie, y los malos tratos de Correos. Jamás llegamos arrugadas, ni rotas, ni mojadas, ni nos perdemos. Sabemos perfectamente hacia donde vamos, y casi podría decir que vamos solas. Volamos en un avión, bien sucio por cierto. Metidas en unos horribles sacos de tela gruesa, pegadas a paquetes que nos miran raro, y a otros envíos que evidentemente nada tienen de elegantes. Menos mal que nos protege sobre, y así evitamos tener que mezclarnos con envíos inferiores y cutres. Tras un par de horas de vuelo, en las cuales tenemos que soportar las paletadas de los que nunca han viajado en avión y se marean, llegamos al país de Lucía. Los funcionarios de correos se lanzan los sacos unos a otros, y encima, lo hacen riéndose. Eso es lo que peor llevo. Me siento empujada salvajemente contra paquetes y revistas, aplastada vilmente, y aunque sobre hace lo que puede, no me libero de algún que otro pliegue. Tras llegar, por fin, a la oficina central, veo la luz. ¡Qué alivio salir del nauseabundo saco! Todos hablan un idioma raro, el de Lucía, que yo no entiendo. Tan solo entiendo el de Pedro, tan tierno y musical, que hace que Lucía sonría cuando me alza entre sus suaves manos.

Lo mejor es la llegada a destino. Buzón me espera siempre ansioso, me hace sitio inmediatamente, echando fuera todos los folletos publicitarios, pues sabe que no me gusta "mezclarme". Nos liamos a hablar como descosidos. Me cuenta la ansiedad de Lucía, que lleva varios días abriendo la boca de buzón a todas horas. Me cuenta su

tristeza cuando no estoy para alegrarle la cara. La algazara de buzón cuando llegamos es contagiosa, pues sabemos que Lucía nos obsequiará con su más dulce sonrisa, y esta vez cerrará con suavidad la boca de buzón, además de acariciarlo. El trato que me reserva es aún más especial. Me alza en brazos para verme a contraluz, por si contengo algo más que mi preciado cuerpo. Besa a sobre, que acaba rojo de emoción. Me saca delicadamente, y espera un momento antes de desdoblarme. Así me desentumezco del largo viaje. Cuando por fin me abro ante sus ojos, éstos me recorren con avidez, saltándose líneas, para llegar rápidamente al final, a la firma, que contiene las frases más amorosas de Pedro. Luego, me vuelve a leer , una y otra vez, hasta que me sabe de memoria. Me huele, para sentirle más cerca. Yo siempre intento mantener intacto el aroma de Pedro, y gracias al espesor de sobre lo consigo. Luego, me pasea por toda la casa. Me lleva del pasillo donde me ha leído rápidamente, al salón donde me relee cómodamente sentada en su butaca. Me sujeta luego largo tiempo, a la vez que mira soñadora por la ventana. Me sonrío y me vuelve a besar, y canturrea hasta la cocina, donde se prepara una taza de té, y me deposita suavemente sobre la encimera. Mientras sorbe con fruición el delicioso brebaje, me vuelve a leer, repitiendo todas las palabras que llevo escritas, en voz alta. Finalmente, me lleva hasta su habitación, donde me reencuentro con mis hermanas, todas amorosamente guardadas en un portafolios rosa, unidas unas a otras por un gran lazo de raso blanco. Ahí descansamos de nuestro largo viaje, y salimos de vez en cuando para ser releídas, siempre recibiendo la misma sonrisa y soñadora mirada.

Pero esta vez, me estoy preocupando. Veo a Pedro serio. Nunca me deja tanto tiempo sobre su buró sin escribir. Le veo dando vueltas y vueltas, cabizbajo. De vez en cuando me mira, y suspira. Por fin se decide : empuña la pluma y comienza a rasgarme. Me duele, me hace daño. Esta vez no hay ternura en sus palabras. Pluma intenta no descargar sobre mí la rabia de Pedro, pero no hay nada que hacer. Voy a ser portadora de malas noticias. Anuncio una ruptura. Parece que Lucía encontró otro amor. Una homónima mía lo anunció escuetamente hace tres días.

Esta vez me sacrificaré, creo que me perderé en el camino. No volveré a ver a buzón, pero es mejor así. Prefiero terminar perdida entre paquetes y revistas viejas, a ser rota y arrojada a la basura de Lucía. Una lágrima cae sobre mi. La firma de Pedro se ha diluido, es ilegible. “No me envíes, déjalo así” intento decirle, pero ya ha abierto a sobre y me mete dentro sin contemplaciones. Mientras escribe la dirección, vuelvo a sentir sobre mi cuerpo doblado, la furia de su desengaño. Ya estoy en el gran tubo amarillo, esperando a ser llevada al avión. Le pido a sobre que me ayude a perdernos, un paquete nos dice que se presta a ser cómplice y empujarnos bajo una de las mesas de Correos. Pero una vieja revista, que parece tener experiencia en el asunto, nos informa que tarde o temprano llegaremos, cuando alguien nos localice bajo la mesa. Finalmente, alcanzamos nuestro destino. Cuando Lucía me lee, no sonrío. Sin embargo, me abrió con el mismo entusiasmo y ritual de siempre. Sus ojos se abren

desmesuradamente al llegar al final de mi cuerpo, donde se diluye la firma de Pedro. Otra lágrima cae sobre mí, se reúne con la de Pedro, y yo me reúno con mis hermanas en el portafolios rosa. No hemos vuelto a ser releídas, ni hemos vuelto a tener noticias de nuestras hermanas vírgenes, que se quedaron con Pedro.

Fabienne Tremblé

26/03/98